

Costa Rica 2019: el límite de la incertidumbre

Abelardo Morales Gamboa (*)
para CAMPUS
parruas.una@una.cr

“Es que ni la Sele gana como para hacer el remedo de que estamos bien...”, me dijo el taxista mientras dejábamos atrás el parque de las Garantías Sociales, donde se reunía, pancartas en mano, uno de los últimos grupos de empleados públicos que había participado en la marcha sindical de ese día. Tal frase resumía varios cabos de lo objetivo y lo subjetivo de una coyuntura que no se puede expresar bajo una convencional definición académica. No es una crisis, al menos bajo la explicación de Antonio Gramsci, como el tránsito desde lo viejo hacia lo nuevo, pues –salvo cualquier falso optimismo– recientes pasos hacia lo nuevo parecen haber llevado a la incertidumbre. Sea cual sea la interpretación, esta no se podrá separar de una particular lectura política.

Aunque el país no enfrente los grandes problemas que sacuden a otras sociedades de la región, la economía no crece, el empleo está varado y los dirigentes políticos y empresariales apuestan por reemplazar la base productiva –exportación de sobremesa– por actividades de plataforma subordinadas a la prestación de servicios para el capital transnacional. Los problemas estructurales del empleo producen vacíos que se llenan, cuando los hay, de trabajos precarios, incluso en segmentos de alta calificación. Esas son las señales de los mercados de trabajo globalizados: en la *uberización* laboral, usted paga por trabajar bajo la ilusión de que recibe un salario. El empleo formal resulta obsoleto para las nuevas economías y el empleo público, a su vez, una carga. Para los empresarios y sus cuadros en el Gobierno, los salarios y las cargas sociales en este país son muy altos y afectan la competitividad.

Pese a que vivamos todavía bajo la inercia de la legitimidad del régimen político, se abre una fractura que no se puede soldar dentro de los márgenes de un sistema de partidos que se encuentra en su peor momento histórico. Esa crisis arrastra al conjunto de la sociedad, de sus grupos, organizaciones e instituciones porque se localiza en la constelación de las ideologías, obsoletas esta mañana y tarde para orientar los

procesos políticos y al resto de la vida social. El sistema de justicia, el régimen de la educación liberal y los sistemas de creencias –la fe religiosa– se vuelven objeto de debates extremos que se deslizan fácilmente hacia el fanatismo. La institución parlamentaria naufraga en dogmas que anuncian, en su seno, la muerte cívica del consenso.

Hay razones para el malestar social y estas no pueden ser refutadas con el argumento de su manipulación política. La ira de los pescadores que el 25 de junio irrumpieron en los jardines de la Casa Presidencial manifiesta una situación de exclusión y desigualdad, compartida en sus extremos por otros grupos, algunos de ellos sin la misma capacidad de organización y de expresión política. Hay descontento entre trabajadores que ven en riesgo sus regímenes de empleo y organizaciones sindicales amenazadas por propuestas de ilegalización de sus organizaciones. Pero el sindicalismo, pese a la legitimidad de sus luchas, está afectado también por su debilitamiento institucional.

De ese mismo modo habría de comprenderse el estado de ánimo, la actitud y el comportamiento político de las personas jóvenes. Como resultado de los artilugios de algunos líderes sindicales, partidos religiosos y medios de comunicación, la extrema problemática de esa población ha sido confundida con las recientes demandas y protestas –legítimas o no– de los estudiantes de educación secundaria. Estas son solo el síntoma de una trama compleja de situaciones que bloquean sus posibilidades inmediatas y sus perspectivas futuras de vida.

Más de un tercio de las personas desempleadas, muchas de ellas con estudios profesionales, son jóvenes. Sin embargo, las discusiones se han opacado por apariencias periféricas. Ni el Gobierno ni las universidades u otras instituciones educativas, mucho menos empresariales, sindicatos y sociales, han acogido los temas medulares que afectan a los jóvenes, temas que, de ningún modo, se reducen solo al estudio o al empleo. La anomia tiene otras graves manifestaciones propias de la descomposición del organismo social que se ensañan sobre los individuos y colectivos más vulnerables. En estos



Foto: Prensa Seguridad Pública.

Ni el Gobierno ni las universidades u otras instituciones educativas, mucho menos empresariales, sindicatos y sociales, han acogido los temas medulares que afectan a los jóvenes.

momentos en el país están en juego muchas cosas, no solo la contabilidad económica o el bienestar temporal de la población, sino el presente y el futuro colectivo de la sociedad. Bajo la tempestad egoísta de intereses contrapuestos, de extremismos exacerbados por las redes tecnológicas incrustadas en la cotidianidad, es imperativo volver los ojos hacia la cultura, como producción colectiva de sentido,

o sea, hacia la cultura de una sociedad civil que ayude a poner de pie lo que hasta ahora ha permanecido de cabeza.

El desafío no es solo el de la interpretación del presente, sino el de contribuir con la imaginación y propuesta de mecanismos para una nueva generación de acuerdos políticos.

(*) Profesor Escuela de Sociología– UNA.